



ARMANDO
SEGURA

El Noticiero Universal

6-7-71

UAB
Goy P/1468

Universitat Autònoma de Barcelona

UNA LARGA HISTORIA DE LO MISMO

UNA CURVA EN LA ERA DEL CAMBIO

Del prerromanticismo de William Blake (1) al neorrealismo romántico de Cesare Pavese (2), hay de por medio casi doscientos años en donde, a través de enormes diferencias formales, se narra la historia de «Lo Mismo», dando sus vueltas. Si hoy están de moda, si son «camp», es porque nosotros seguimos dando vueltas también con «Lo Mismo».

«Lo Mismo» es el rostro mecánico con que el Destino se enmascara desde hace dos siglos y que aún es nuestro propio rostro, el de la sociedad industrial en que vamos viviendo. Es la máscara del Progreso o sea movimiento hacia un más ser y hacia un mejor ser.

A finales del XVIII, el Movimiento cobra importancia frente a la Estabilidad. La introducción de las máquinas, el asalto de la burguesía al poder, la necesidad de postular la «libertad» como clima propicio en el mercado y la «igualdad» como condición que permite establecer leyes universales para el tráfico mercantil, todo este código ideológico se enfrenta a una sociedad aristocrático-militar, agrícola y teocrática que es como enfrentarse con la fuerza de la sangre, la tierra y el cielo coaligadas. Es una nueva edad abierta con violencia por la Revolución y que es anticipada por grandes visionarios como Blake: la edad del Cambio.

William Blake se alimenta del estilo de los viejos profetas, de Isaías, Joel, y de los visionarios informales como Boëhme y Swedenborg. En él palpita el espíritu del alquimia, del panteísmo, del materialismo cósmico y «espiritual», es decir, integral, del que Giordano Bruno sería arquetipo. Es el mito que anuncia en símbolos los cambios concretos.

En Pavese, hay cierto sabor a desembocadura. Acepta el Destino con un talante sereno y melancólico. Blake, sin embargo, es la irrupción del Destino mismo, la entrada en juego de la era del Cambio y de las grandes revoluciones. Pavese es el Destino saliendo discretamente por el foro, haciendo mutis.

El destino, llámese «providencia-marcha de la historia-ma-la suerte-cálculo de probabilidades», es el único nombre

digno de la Ignorancia. De Blake a Pavese, su curva se cierra, principio y fin de nuestra época.

VITALISMO, DIALECTICA, ANARQUIA

En ambos existe también un común sentido de la vida como movimiento de contradicciones. En el primero, especialmente en «Las bodas del Cielo o del Infierno», que es todo un anticipo alegórico del método dialéctico: «Sin contrarios no hay progreso. Atracción y Repulsión. Razón y Energía. Amor y Odio, son necesarios en la existencia humana». En Pavese, la dialéctica salta en aquellos últimos y bellos poemas extraordinariamente traducidos por Goytisolo: «La vida eres, la muerte. / Es ligero tu paso».

Cuando Blake escribe: «El camino del exceso es el palacio de la sabiduría», con él escribe Nietzsche, frenético y anárquico. El afán absoluto de libertad —que refleja las cadenas de la vida presente— vive incluso en los movimientos más racionalizados de los dos últimos siglos. En el comunismo, la anarquía, es fin aunque no medio, fin último más allá de la transitoria dictadura del proletariado. Es el mismo ideal que el cristiano traslada más allá del tiempo, al reino de los cielos, donde todos serán reyes, donde no habrá sociedad sino comunidad. Es «Lo Mismo» que todos más o menos confesadamente desean y por lo que luchan artistas, santos y filósofos de todos los tiempos.

En Pavese el vitalismo estalla en un poema de 1933, «El dió caprone», que parece extraído de cualquier liturgia dionisiaca, sin que por otra parte el más directo realismo deje de empapar el poema: «El campo es un lugar de verdes misterios / para el muchacho que llega en verano...».

COMBATE Y MUERTE

El hombre de nuestra época está embarcado en una revolución hacia la libertad. Blake nos anticipa el símbolo y a veces algo más: crítica social directa, saliendo en general en defensa del campesino frente al hombre de ciudad considerado como parasitario: «¿Cómo puede el otorgador de dones experimentar las delicias del mercader / y el industrioso ciu-

dadano comprender el dolor de los campesinos? / ¡Cuán diferente es el mercenario bien alimentado que al son de vacío tambor / compra maizales enteros y los convierte en desiertos y canta en el páramo!».

Y cuando Blake discierne con una actitud mental que envidiarían el mismo Feuerbach o Marx: «¿Con qué sentido reclama el sacerdote el trabajo del labriego? / ¿qué son sino redes sus lazos y sus trampas? / ¿Cómo lo rodea / de frías olas de abstracción y de bosques de soledad / para construir castillos y altas espiras, donde reyes y sacerdotes pueden morar?». ¿No estamos aquí ante un poema descarnadamente revolucionario?

En Pavese, el hombre individual ha sucumbido al cansancio del combate. El hombre de carne y hueso aún no ha digerido la muerte: «Aún combatiremos / combatiremos siempre / pues buscamos el sueño / flanqueados por la muerte». Combate, sueño y muerte. Y vuelta a comenzar.

A la Humanidad, al Todo, no le importa la muerte, porque se permite cocer cualquier cosa en sus calderas. Pero la Humanidad y el Todo son abstracciones, no existen. El Todo no ama al individuo, lo aplasta; le trae muy sin cuidado su suerte. Sólo Dios —si existe ha de ser persona concreta, de carne y hueso— ama al hombre individual también de carne y hueso y no acepta su muerte. Sólo Dios promete la resurrección. Pero cuando este Dios se utiliza como una adormidera para atontar pobres y tranquilizar poderosos, ¿no se hace, entonces, explicable la triste y silenciosa ausencia de Pavese, volviéndose de espaldas a la vida? Todo está en acertar a comprender y obrar como hoy mismo estaremos en el paraíso. Y no mañana. El más allá siempre estará más allá. Sólo el hoy cuenta. Por eso Dios, si resucita, no va a resucitar mañana. Resucitará hoy. Así alcanza pleno sentido el poema de Pavese, combatir, combatir siempre, buscando el sueño, flanqueados por la muerte, que no vencidos.

—o—

(1) William Blake, «Poemas», trad. Agustí Bartra, Plaza-Janés, febrero 1971.

(2) Cesar Pavese, «Antología poética», trad. José Agustín Goytisolo, Plaza-Janés, mayo, 1971.